

## SIN FLORES

El color blanco representa para mí el vértigo y el frío. Lo he enfrentado millares de veces, sólo armado con mi estilográfica y mi imaginación. Soy conquistador. Soy villano. Soy Rey ungido y soy bracero. Soy todos los personajes a los que he dado vida y ninguno de ellos. Soy el ganador de varios premios de prestigio, en mi lengua materna y también en francés. La escritura no tiene secretos para mí. En todo caso, soy yo quien guarda siempre un as bajo la manga, presto a sorprender con un giro final. El halago fácil de la prensa y las editoriales no tiene ningún efecto sobre mí. No me enorgullece lo que hago. Yo soy el instrumento. Una suerte de mensajero alado, de profeta de la palabra escrita. Soy el negro de las letras que lees en tu cama, en tu sillón o mientras caminas. Soy el negro autor de aquella obra que tu escritor favorito no quiso escribir. Soy el paraguas ante la lluvia de críticas y el teléfono en silencio en la noche de la entrega de premios. Soy el orgullo personal y el ego. Pues sólo yo sé todas las novelas que he escrito y no he firmado. Soy una constelación de estrellas fugaces y la cobardía tomando cuerpo y forma de persona. La soledad es mi instrumento. La nieve conservada al cobijo de la sombra es el frío que controla mi mano y mis pasiones. Soy un escritor fantasma.

Soy lo que las editoriales hicieron de mí. No siempre fui este arrogante cascarrabias. Hubo un tiempo en el que me dediqué a la escritura por el simple placer de contar historias. Amé como leí y escribí como creía que tenía que hacerlo entonces. Quería emocionar, hacer llorar a la gente, conseguir que rieran al mismo tiempo. Despertar los sentidos, viajar, volar. Quería morir por ir contra los de mi tiempo, quería la fortaleza de aquellos que se hicieron matar por sus ideales. Soñaba con ser valiente algún día, pero hay sueños que no se materializan. Algunos sueños siquiera son recordados minutos después de habernos visitado. Yo soy uno de esos sueños, fluyendo en un universo paralelo de inconsistencia y de bruma. Sin embargo, lo más doloroso es que usted sí podría tocarme

si quisiera, lector. Podría verme si prestara un poco de atención a los detalles. Podría chocar conmigo en aquella esquina preciosa bajo el arco del Deán, mi lugar favorito de la ciudad. Juntos podríamos compartir un café al abrigo de los soportales. Pero eso nunca sucederá porque soy celoso de mi intimidad y de la suya. Nunca reparo en la lectura ajena, cruzo ese arco precioso cuando la ciudad duerme, escribo cuando usted se afana en vivir y ya no disfruto de nada.

He enviado mi último manuscrito a la prensa y lo acompaño de esta carta de suicidio. Yo me marcho en silencio. El ruido y la polvareda que levante mi última obra será una suerte de vendetta personal que no me reconfortará pero que hará justicia. Tal vez sea el incomprendido a los ojos de sus contemporáneos y el genio que perduró. Tal vez haya tanto en juego que esta carta no se publique jamás, mi obra siga sin llevar mi nombre y mi tumba se quede eternamente sin flores.